

Caso 1: Sara Victoria

Sara Victoria está casada y tiene dos hijos: Asunta, de 23 años, y Ricardo, de 19, quien sufre de leucemia desde hace dos años. Esta enfermedad cancerígena ha cambiado completamente la vida de la familia. Sin perder la esperanza en la sanación del hijo, es sometido a toda clase de tratamientos y pruebas, pero finalmente Ricardo muere. Sara, católica más o menos practicante, había puesto toda su esperanza en Dios. Pero, al morir su hijo, se rebela contra Dios y se siente abandonada por Él. Su marido no es creyente y por eso no entra en este dilema religioso de Sara Victoria.

En el acompañamiento al que acude la madre, expone su dramática situación, manifestando su fragilidad de ánimo. Expresa la ausencia de Dios que experimenta, así como su rebelión al percibir que Él le ha robado a su hijo en lo mejor de su vida. No entiende por qué Dios ha hecho esto con ella. Habiendo sido siempre una mujer creyente, este golpe le impide volver a Dios.

Sara Victoria marcha de viaje a otra ciudad durante nueve días. A la vuelta, ella se encuentra más tranquila y razonable. Más resignada, ha superado el golpe inicial y está mejor de ánimo. Asiste a una eucaristía, en la que no siente nada ni tiene fuerzas para comulgar. Espiritualmente fría, percibe distante a Dios y hasta se culpabiliza por lo que ha pasado. Se pregunta entonces si la muerte de Ricardo ha sido un castigo de Dios para ella.

Caso 2: Marcos

Marcos tiene ahora 21 años. A los 17 ya se involucró en el grupo juvenil de una comunidad cristiana donde también participa activamente de las actividades pastorales su hermana mayor. Hace dos años empezó a pedir la posibilidad de hacer un camino más serio de acompañamiento espiritual, por sentirse atraído por la vocación misionera.

En el comienzo, Marcos se une al grupo de jóvenes que también está en proceso de discernimiento, tomando parte en las actividades propias del acompañamiento; son experiencias de oración, grupos de compartir, charlas, formación, excursiones, etc. Está muy ilusionado con ello.

Después de año y medio, los catequistas empiezan a notar cambios en su estado de ánimo. Marcos alude a “bajones” que le sobrevienen, aun sin poder definirlos bien. Deja de acudir a las actividades durante cierto tiempo, las retoma después, abandona repentinamente la oración, se le ve con ánimo muy variable, frecuentemente taciturno, desaparece su alegría inicial y continúa con un temperamento muy voluble. Tras una temporada de subidas y bajadas anímicas, decide salir del grupo de discernimiento.

Marcos pide entrevistarse con el sacerdote y aparece muy nervioso a la cita. Ahí desvela su tendencia homosexual. En su relato Dios aparece como un juez castigador que no le proporciona ni acogida ni amor a su vida. Marcos concibe toda su vida espiritual como un esfuerzo permanente para ganar la aceptación divina y del grupo en el que participa. No se cree digno de ser amado. Cada vez que se siente fuertemente atraído por alguien de su sexo se ve condenado por Dios. Vive, pues, muy culpabilizado por su condición homosexual. Finalmente, el muchacho manifiesta que desea llevar a cabo un camino de reconciliación con su propia situación personal, pero no sabe cómo y reclama ayuda. Pide dejar de participar en las actividades comunitarias y se distancia.

Caso 3: Hermana Sonia

La hermana Sonia ha experimentado un consuelo constante a lo largo de un mes ignaciano de Ejercicios Espirituales. Los está realizando antes de hacer la profesión perpetua en la congregación de las Hermanas de San José. Ingresó al convento a los 19 años, hace once años, y nunca ha tenido dudas sobre su vocación, que quedó firmemente confirmada en las elecciones de la semana pasada.

Sin embargo, la Tercera Semana ha sido difícil para ella. Ama tanto a Jesús que es difícil verlo sufrir. Su imaginación se ha secado. Cuando intentas concentrarse en la gracia por la que ella está orando, ella sólo puede ver el dolor y la angustia de Jesús. Acaba de decir que cuando pensó en los soldados, en la flagelación y en la corona de espinas, salió de la capilla; ya no podía concentrarse en orar.

Su relato es el siguiente: «no podía soportarlo; simplemente no pude más. Intenté leer el texto del Evangelio de Marcos, pero solo actuaba mecánicamente. No podía imaginar nada. Intenté contemplar la crucifixión desde lejos, pero estaba tan lejos que realmente no podía ver ni oír nada. Seguía preguntando: “¿Por qué le tuvo que pasar esto a él”? Seguí preguntándole al Padre cómo podía ser tan cruel. Estoy agotada. Ya no tengo ganas de orar y empiezo a preguntarme si no me estaba inventando cosas durante los días anteriores del retiro».

Caso 4: Rosana

Después de un año de seguimiento ordinario, Rosana solicita un acompañamiento espiritual estricto para prestar atención a su situación como creyente. A sus 20 años, es animadora y catequista, y concibe su profesión como futura maestra como una vocación cristiana. Lleva una vida sacramental frecuente y regular. Es punto de referencia de otros jóvenes de la parroquia.

Al comenzar la relación de acompañamiento, se intentan aclarar bien los fines y las actitudes básicas que ambos deben trabajar. El objetivo es su maduración como creyente, que consiste básicamente en aclarar algunas cosas que tocan a la fe y la respuesta a una cierta inquietud vocacional. En principio se muestra abierta a cualquier pregunta de su director espiritual, manteniendo obviamente la confidencialidad, la transparencia e ir dando pasos en el seguimiento de Cristo. No hay límite de tiempo para ello, ya que en el horizonte no se vislumbra ninguna decisión concreta.

Durante los tres primeros meses se tienen entrevistas quincenales. Se hace primero un “chequeo” de su vida, y se le propone a Rosana que haga memoria de ella: acontecimientos, personas que la han marcado, la lectura creyente que ella hace de todo eso. También se la anima a que intente conectar su pasado con el presente, tratando de descubrir qué es lo que está latente tras las opciones, dificultades y proyectos actuales. En el desarrollo de estas primeras sesiones se detectan dos cuestiones que, de alguna manera, condicionan a Rosana.

Primero, su situación familiar. Siendo ella adolescente, descubrió la doble vida que llevaba su padre, ya que tenía dos hijas con otra mujer. Rosana se sintió entonces, por un lado, con odio y repulsa, y, por otro, con cierta culpabilidad al admitir tener estos sentimientos, ya que al fin y al cabo su padre no dejaba de serlo, y todo esto le suponía a Rosana una contradicción con respecto a su vida creyente.

Segundo —siempre con resistencias internas—, la relación mantenida con un joven religioso que la acompañó espiritualmente antes. Rosana se había enamorado de él, quien se ordenó de sacerdote y fue destinado por sus superiores a otra ciudad. La relación llegó a un punto muerto a causa de la distancia, más que por aclarar directamente el asunto. Así quedaba patente —unida a la situación anterior— una posible carencia afectiva, que probablemente funcionó más tarde, como transferencia.

Caso 5: Maribel

Maribel tiene 28 años. Es la pequeña de una familia de tres hermanos. Trabaja en una entidad financiera pues estudió DADE. Hace tres años, invitada por una amiga volvió a la fe como consecuencia de un retiro de impacto. Desde entonces frecuenta grupos cristianos y actividades pastorales. Ha descubierto recientemente la vida de oración. Su relato es muy hermoso, centrado sobre todo en una hermosa experiencia del amor de Dios. Nunca en su vida se había sentido así amada. Fácilmente suelta lágrimas y tiene expresiones muy vivas cuando habla de esta experiencia que la sacó de una vida en tinieblas.

Solicita ayuda espiritual a su párroco. Se ha apuntado a unos ejercicios organizados por la parroquia que imparte él mismo. Ha acudido desde el principio de los ejercicios para hablar con él y manifiesta casi con ansiedad la necesidad de ayuda. Dice que esta ayuda es muy importante para ella. Afirma tener necesidad de confesarse casi a diario pues tiene muchos problemas con la castidad. Cuando el sacerdote le pregunta si tiene novio ella afirma que tuvo uno algo más joven, pero que decidió dejarlo, pues este le pedía tener relaciones sexuales y ella era incapaz. Es más, no se veía capaz de dar este paso y le agobiaba la idea de que el novio le propusiera ir a vivir juntos o casarse. El motivo no era moral, pues en aquella época no tenía fe y consideraba que estas cosas son normales entre novios. Sin embargo, afirma haber perdido el dominio sobre su libido por lo que con mucha frecuencia peca contra la castidad de forma solitaria. Por esta razón tiene un sentimiento muy grande de culpa y tiene mucho miedo de que la condene.

La relación con su familia no es buena, especialmente con su padre. De hecho, es otro de los problemas que tiene. Dice que se ha portado muy mal y que no puede perdonarlo. Estos son los argumentos por los que ella reclama angustiosamente un sacerdote que le ayude puesto que piensa que sin esta ayuda no podrá salvarse.

Está muy involucrada en las actividades de pastoral juvenil. Además, se muestra muy disponible al sacerdote, insistiendo en que tiene tiempo y muchas ganas de trabajar, por lo que puede asumir las responsabilidades que le encargue. Eso sí, le pide que, a cambio, le dedique mucha atención espiritual, pues la necesita.

Le dice al sacerdote que por favor la acompañe, que lo necesita mucho y demuestra tener mucho temor de que el sacerdote se niegue a acompañarla. De hecho, al terminar la entrevista le pide al sacerdote que le de un abrazo, pues lo necesita mucho.

Caso 6: Margarita

Durante unos ejercicios espirituales en el tiempo de navidad Margarita pide hablar con el director de los ejercicios al segundo día. Se trata de una mujer de 37 años, casada, con un buen trabajo y reconocida en su profesión. No tiene hijos. Es una mujer algo tímida y sin experiencia de oración. De hecho, practica solo ocasionalmente. Pero se ha apuntado a los ejercicios porque busca una experiencia espiritual que le de paz. Dice que las charlas le parecen interesantes, aunque le cuesta seguir los consejos del director, aunque lo intenta de veras. Dice que la experiencia le aporta algo de la paz que estaba buscando.

A lo largo de los preliminares de la conversación decide contarle al sacerdote el verdadero motivo que le trae a los Ejercicios. Ha venido a los ejercicios buscando paz. Hace tres años quedó embarazada y por la situación laboral que tenían, su esposo la invitó a abortar. Ella no estaba convencida del todo, pero su marido le facilitó todo. Desde entonces se encuentra muy mal. Se siente muy triste. Además, no duerme bien. Con frecuencia tiene sueños relacionados con niños o con su aborto. Esto ha enfriado mucho la relación con su marido. De hecho, desde que esto sucedió ella está empeñada en abandonar su futuro profesional, porque dice que quiere quedarse embarazada. Pero su marido no comparte esta visión. Él le dice que no tiene importancia, que tiene que liberarse de esa sensación absurda de culpa. Pero ella dice que cuanto más se lo dice, peor se siente. Se expresa así: «siento que mis manos están manchadas de la sangre de un bebé; soy como una loba que ha devorado a su propio cachorro; por otro lado, yo creo que hubiera sido una buena madre ¿verdad?».

Dice que hay momentos en los que se siente especialmente mal: cuando llega la navidad ya no puede ir a besar al niño Jesús. También lo pasa mal el 3 de junio, pues ese día salía de cuentas, hubiera sido el cumpleaños de su hijo. Desde entonces, ciertas cosas le crean ansiedad: ver cunas o coches de niño, pasar el aspirador...

Caso 7: Cristina

Cristina tiene 22 años y está terminando el postulante en una congregación religiosa. El próximo mes tendría que comenzar el noviciado. Tras terminar la carrera de magisterio ingresó en esta orden religiosa después de varios años de una intensa vida espiritual.

Desde unos ejercicios espirituales que hizo cuando tenía 17 años ha vivido con una gran fidelidad al Señor. Era una de las personas que más animaban en el grupo de jóvenes al que pertenecía antes. Desde aquellos ejercicios fue muy fiel en su oración diaria y en el plan de vida que tenía. A veces era demasiado impetuosa y sus amigos, aunque la apreciaban, la tachaban de ser demasiado radical en sus posturas. Durante ese tiempo fue planteándose su vocación como religiosa y misionera. El sacerdote que en aquella época le ayudó con el discernimiento probó mucho su vocación. Ella se enfadó cuando una vez le dijo que su vocación no estaba suficientemente madura, que tendría que esperar aún bastante tiempo, y que era conveniente terminar su carrera antes de entrar en la vida religiosa. En otra ocasión le dijo haberse olvidado de todo lo relacionado con su vocación y tuvo que empezar de nuevo el discernimiento. Esto hizo mucho sufrir a Cristina. Vivió una verdadera crisis con él. Pero una vez terminados sus estudios, entendieron que ya era el momento de entrar en la congregación. Esta decisión fue confirmada además con algunas consolaciones en la oración.

Este año de postulante ha sido un año muy bonito para ella. Ha vivido una hermosa experiencia de vida comunitaria, goza pensando que es esposa de Jesucristo y además manifiesta una gran inquietud por la pobreza y la vida apostólica. Todo esto se nota. Solamente la obediencia le ha dado algún que otro disgusto durante este tiempo, pero tiene muy claro que su vocación es la vida religiosa y la experiencia. Sus formadoras han dado ya su conformidad a la vocación y van a admitirla en el noviciado.

Pero ha hecho llamar a su antiguo director espiritual porque ahora le ronda una inquietud con fuerza. Piensa que el Señor le está pidiendo algo más: más pobreza, más penitencia. No es que la congregación donde ha sido admitida sea leve en estas cosas. Pero piensa que su llamada es aún más radical. Todavía recuerda cómo desde aquellos primeros ejercicios su llamada fue siempre así. Tenía don de orar mucho, de hacer mucho apostolado y penitencia. Le recuerda a su padre espiritual que ella era capaz de orar entre siete y ocho horas diarias cuando estaba de ejercicios espirituales o de retiro. Su llamada ha sido siempre así. Por eso se plantea abandonar la congregación ahora que no tiene ningún compromiso para buscar otra que tenga una regla de vida más exigente y que responda mejor a los deseos que Dios le pone en el corazón.

Caso 8: Ágata

Después de misa se acerca una chica a la sacristía y le dice al sacerdote que tiene una amiga que necesita hablar con un sacerdote. Al día siguiente viene la amiga, Ágata, de 28 años. Procede de una familia practicante y acomodada. Lleva cuatro años trabajando en una consultora, después de haber pasado unos años en Inglaterra, donde trabajó en otra empresa similar. Su vida es próspera en lo material. Durante el tiempo de la universidad, aunque estudiaba y sacaba buenas notas, llevó una vida «de fiesta en fiesta» y de «viaje en viaje». En estas fiestas nunca faltaba el alcohol y algún que otro plan con chicos. En lo religioso, vivía una vida bastante doble. Nunca abandonó la práctica totalmente, pero nunca se tomó en serio la vida espiritual. En los años en el extranjero, se abandonó aún más en el campo de la fe, tuvo dos novios con los que viajó mucho y estuvo prácticamente viviendo con ellos.

Ahora, de vuelta en España y de nuevo cerca de su familia, ha retomado la fe que le inculcó su familia después de unos años alejada. Pero confiesa que de vez en cuando se agobia un poco con las obligaciones de la vida espiritual y se toma un descanso. En esas épocas reaparece alguno de sus antiguos novios. Pero luego se da cuenta de que no es la vida que quiere llevar y retoma la vida espiritual.

A raíz de la visita a un convento de religiosas con algunas amigas, entabló una amistad con una de ellas. Esto le ha llevado a plantearse su posible vocación religiosa. Piensa que Dios está llamándola y que ella no tiene fuerzas para decirle que sí. Piensa que va a destrozar su vida si le dice a Dios que no. En unos momentos duda mucho, en otros momentos se siente animada. Cuando el sacerdote escuchó su relato le preguntó si alguna vez había hablado con algún otro sacerdote. Ella contesta que sí, que lleva unos meses muy agobiada por este tema y que ha hablado ya con unos cuatro sacerdotes, pero que no es capaz de ver claro. También habla mucho con su amiga religiosa, pues esta no para de llamarla, a veces hacen videollamadas junto a las novicias para mostrarle todo lo que viven en el convento y ella se queda muy triste porque no se ve con fuerzas para responder a la llamada de Dios. Esta situación afecta mucho a su vida con Jesús, pues siente que está traicionando el amor de Jesús que la quiere solo para ella...

Caso 9: Fidelina

Fidelina es religiosa y tiene 30 años. Desde hace tres años es dirigida por su segundo acompañante espiritual. Entró en su congregación a los 19 años, muy segura de sí misma y de su vocación religiosa. Cuando tenía 25 años murieron sus padres en un accidente de carretera. Este acontecimiento marcó mucho su psicología y su vida de fe. También afectó a su carácter y a su camino espiritual. Sin embargo, escondió sus sentimientos y se retiró al estudio y al trabajo. Se volvió muy cerrada y taciturna. Tras unos estudios de Pedagogía, trabaja desde hace tres años con niños en una escuela de Primaria. Es muy laboriosa. No se siente bien en su comunidad. En su opinión, algunas compañeras están celosas de ella y de su trabajo. Por eso, su comunidad se ha convertido en el lugar donde come y duerme, pasando el resto del día en la escuela ayudando a los niños.

En una colonia de verano conoció a Sinesio, de 35 años, casado, maestro en su misma escuela. Día tras día su relación ha ido convirtiéndose en amistad, creándose un ambiente donde puede hablar libremente de todo lo que siente acerca de sus alegrías y sus dificultades.

En la entrevista con su director espiritual, se bloquea. Su discernimiento trata sobre su propia vocación y de la cuestión central que la ocupa: haberse enamorado de Sinesio. Aunque su trabajo la satisface mucho, no halla un buen ambiente para vivir. En el tiempo que está con él, parece que todo cambia. Esta relación le muestra otro estilo de vida. Está pensando abandonar la congregación. Pero Sinesio está casado, y esto complica todo.

La religiosa es muy cerrada y está centrada solo en un punto. Poco a poco, su vida espiritual va cayendo. Encuentra dificultad en su relación con Dios. Le parece que Él quiere y exige demasiado de ella. Ya se ha llevado a sus padres, y continuamente desea que se sacrifique para algo. Fidelina no puede vivir más así. Pero tiene miedo de decidir por sí misma, esperando que su director espiritual le diga qué debe hacer y cómo.

Caso 10: Juan Manuel

Juan Manuel es un joven seminarista que acude a su director espiritual bastante agobiado porque tiene un gran deseo de aprovechar en su formación. Es muy consciente de que en esta etapa de su vida se juega el sacerdote que será mañana. Por ello se ha impuesto un horario y un plan de vida acorde con todas las exigencias que le han impuesto en el seminario y revisa en su examen de conciencia diario su cumplimiento. Es un buen estudiante.

Se queja de que es imposible poder cumplir todas aquellas cosas que se le han impuesto, que el horario del seminario no permite cumplir todo lo que se pide de un seminarista. Con respecto a los demás se siente insatisfecho con algunos de sus compañeros porque piensa que no valoran suficientemente sus esfuerzos por hacerlo todo bien y que ellos no se esfuerzan como deberían, pues hablan de cómo deben ser, pero no viven lo que dicen. Con cierta frecuencia se enfada con algunos de sus compañeros porque no crean buen ambiente, haciendo planes que van contra las normas del seminario. Reconoce que ha sido duro con ellos en su forma de actuar. Con los formadores la relación es buena, aunque dice que le miran «buscando sus fallos», lo cual le crea tensión.

Acude al director espiritual porque dice que le falta ilusión, que no siente a Dios en su oración y se siente un poco cansado, de tal forma que en ciertos momentos siente tentaciones de dejar la vida espiritual y su vocación.

Caso 11: Sofía

Es una mujer de 53 años. Tiene tres hijos mayores fruto de una relación de pareja con la que aún vive. Los dos pequeños aún viven en casa. Hace unos 12 años tuvo una conversión muy fuerte cuando alguien la invitó a una peregrinación a Medjugorje. Para poder comulgar, duerme en una habitación separada de su pareja, con la que no puede regularizar su situación debido a que él está casado por la Iglesia con otra mujer. Esto a ella no le hace sufrir, pues dice que así tiene más tiempo para orar y para las cosas de Dios. Va a misa diariamente y participa en retiros, charlas de espiritualidad. Pasa también mucho tiempo en la adoración perpetua de su ciudad. Hace mucha lectura espiritual y es especialmente devota de Santa Gema Galgani y San Pío de Pietrechina. Dice que no le suelen negar casi nada de lo que pide por medio de ellos.

Busca un confesor y director espiritual ya que siente que el Señor le habla continuamente de una forma muy especial, a veces tiene visiones y en algunos casos Dios le dice cosas a cerca de acontecimientos y personas que tiene alrededor. Su manera de contar estas cosas es muy espontánea y directa, haciendo afirmaciones con mucha seguridad. En concreto pide al sacerdote que le ayude a decidir si tiene que hablar con su párroco pues siente en la oración que la virgen le pide que le diga al sacerdote que debe cuidar más su vida de oración.

Caso 12: Fausto

Fausto es un varón de casi 40 años, empresario y muy activo apostólicamente, con gran capacidad de liderazgo y buen organizador. Ha participado desde joven en su parroquia y en las actividades de la diócesis. Tiene buena formación. Es padre de cuatro hijos.

Cuando acude a hablar con el sacerdote con el que lleva dirección espiritual, habitualmente se manifiesta herido, porque «las cosas no salen adelante si yo no estoy tirando de ellas», «hay que estar siempre encima de la gente», «todo el mundo va a lo suyo y así no puede ser...». Con mucha frecuencia habla de sí mismo y de los logros de su empresa y de las actividades apostólicas que organiza, la mayoría de ellas con muchos participantes.

Le cuesta ser regular en la frecuencia de las entrevistas con su director, y cuando queda con él, raro es el día que no dedica la mitad del tiempo en comentar las noticias de actualidad de la Iglesia. Sigue con mucho interés el tema de cómo van las cosas en la diócesis, en la Conferencia Episcopal, en Roma, casi siempre dolido con la situación de las cosas. Siempre hace comentarios muy agudos y creativos acerca de cómo deberían ser las cosas en la Iglesia. Sin embargo, no demuestra la misma agudeza a la hora de confesar sus propios pecados. Le cuesta mucho hablar de su vida interior y de sus faltas. Aunque aparentemente son una familia ejemplar, su matrimonio no termina de ir bien y tiene problemas con uno de sus hijos que se muestra muy rebelde y contestón, según él.

Caso 13: Silvia

Es una mujer de 36 años, casada desde hace siete con Ismael. Tienen dos niños pequeños. Acude al sacerdote porque su matrimonio no va bien. Dice que no tienen un gran problema. Que se casaron enamorados y con un proyecto común. Pero que desde hace dos o tres años, discute todo el tiempo con su marido, que se siente continuamente juzgada y humillada. Su herida es tan fuerte que no se siente capaz de perdonarlo. Ella siente que no tiene una compañía, se siente sola. Pues llevan vidas paralelas dentro de la misma. Se siente con toda la responsabilidad de los hijos. Eso sí, su marido es muy responsable en su trabajo, donde tiene la admiración de todos. Desde que esta situación está así, él pasa el fin de semana fuera, con los amigos. Ella se refugia también en su propia hermana, que la visita mucho y la ayuda con los niños. Ella sabe que tiene que buscar una solución, que tiene que perdonar y le gustaría salvar su matrimonio, porque cree que es un vínculo sagrado para toda la vida y también por el bien de los dos niños, pero no sabe cómo.

Caso 14: Norberto

Es un varón de mediana edad que acude al confesionario con mucha frecuencia, cada dos o tres días. Confiesa sus pecados con todo detalle, tanto los actos como el número de veces. Cuando parece que ha terminado, vuelve a interrumpir al sacerdote para darle más detalles. Además, en cada confesión vuelve a sacar pecados de confesiones pasadas, e incluso los pecados que más le duele haber cometido en su vida. No se siente seguro de haber confesado bien sus pecados y por eso teme ir al infierno. Cuando el sacerdote le dice que sí, él le rebate con argumentos y detalles que le hacen dudar de que esté verdaderamente arrepentido, pues siempre vuelve a pecar. Además, piensa que no es suficientemente sincero en sus confesiones. Él dice que, si no se confiesa bien, Dios no le puede perdonar. En casa, a veces escribe con todo detalle sus pecados para no olvidarlos, y pasa mucho tiempo en esta tarea. Incluso le pide al sacerdote que le dedique una tarde entera para poder leerle con detalle todo esto. A veces pasa tiempo en su casa sin poder parar de pintar un crucificado cuya sangre le borra los pecados. Dice que siente alivio al hacerlo, pues vive angustiado con la idea de que se va a condenar.

Caso 15: Javier

Javier es un joven de 24 años, formado en el grupo de oración de la parroquia. Pertenece a estos grupos desde que hizo su confirmación. Desde hace unos seis años es el novio de Ana, a quien conoce desde toda la vida, pues ella también forma parte de estos grupos. Ambos hacen ejercicios espirituales todos los años y llevan tiempo planeando su matrimonio cristiano y se acompañan espiritualmente por el mismo sacerdote. Todo el mundo en la parroquia admira su compromiso y la forma en la que planean cristianamente su matrimonio.

Es la tercera vez en dos años que Javier visita a su director espiritual sin que Ana lo sepa para decirle que se siente muy angustiado porque piensa que no es suficientemente generoso con Dios, que está cerrado a su voluntad y que debería irse al seminario, pero que no se siente con la fuerza para hacerlo. Las dos veces anteriores ha superado estas crisis, de tal manera que ya había olvidado esto. Pero piensa que cerró el tema en falso y que está huyendo de Dios como Jonás, por lo que se encuentra terriblemente angustiado. Piensa que está jugando con la vida de su novia, que le hace perder el tiempo, porque debería dar un paso adelante. Por otra parte, no se atreve a decirle nada porque no quiere hacerla sufrir y se ve sin fuerzas para ser generoso con Dios.